

Rev 27
12
2a época
1977

Après tout, me dis-je, je n'ai pas mal
occupé ma vie, occupé!

Vie de Henry Brulard

A los cincuenta y seis años el cónsul francés
engaña el aburrimiento dictando la historia
de Fabrizio y la Sanseverina.

A veces recuerda también las mujeres que tuvo:

Mélanie, que actuaba Shakespeare,

Angélica, de la Opera Bufo,

Angela Pietragrua, la bella lombarda, "une catin sublime",

y Clementina o Menti o la Condesa Curial

y Alberte de Rubempré

y la fogosa ~~si~~ Giulia Rinieri

que se declaró al escritor cuando ya era gordo y calvo.

Y piensa también en Métilde Dembrowski, noe Viscontini,

a la que nunca poseyó y a la que amó tanto tiempo

y tan doloridamente.

El amor cristalizó para él muchas veces

como la rama abandonada en las minas de Salzburgo.

Gustó de Mozart y Haynd y Cimarosa

y una y otra vez de Italia, su patria verdadera,

donde la pasión y la energía forjaron historias

por él transcritas en una prosa que destinaba

a los lectores de otro tiempo.

Detestó a los burgueses y con Napoleón vivió

la ~~su~~ retirada bajo el invierno ruso.

"Les épinards et Saint-Simon ont été mes seuls goûts durables"

y sólo deseaba vivir en París

con cien luises de renta y "haciendo libros".

Creía que la felicidad era algo

que valía la pena gastar una vida en perseguirlo

aunque fuese en vano...

y al margen de La cartuja escribió cierto día:

"Aimes-tu mieux avoir eu trois femmes ou avoir fait ce roman?"

Esa novela... o aquella otra

en la que, mientras Julien cena con un amable carcelero,

un prisionero que canta una tonada al fondo de su mazmorra

recibe la brutal orden de callar,

y Julien se ~~traga~~ atraganta y las lágrimas vienen a sus ojos

porque en ese momento ningún crimen le parece mayor

que imponer silencio a un prisionero que canta.

Tal fue Henri Beyle. Y luego dicen

que su estilo era seco, y él un hombre

desprovisto de ~~persona~~ ternura.